This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

[redacted]

G868.73 B2790 LAC

G868.73
B279.

LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY OF TEXAS

THE GENARO GARCÍA
COLLECTION

Va-

一 17

A mi estimado
amigo el Sr. Lic.
D. Victoriano Agüero,
director de "El Tiempo".
Enrique Barrio
de los Ríos
Sombrerete, 27 de julio de 1908.

OCEANO

Hoc opus, hoc studium parvi properemus et ampli,
Si patriae volumus si novis vivere cari.
Horacio, Ep. III, Lib I.

OBRAS

DE LA

BIBLIOTECA ESTARSIANA

—: POR JOSÉ MARIA BARRIOS DE LOS RIOS: :—

EN VERSO:

Océano. Pompillas. Selectas. Oratorios ó Delicias de mi Madre, Monóstrofes y Microapólogos.

EN PROSA:

El País de las Perlas y Cuentos Californios. Tribuna Filosófica y Literária. Juicios de Coetáneos. La Riqueza del Mar. Exerta Jurídica

—: POR ENRIQUE BARRIOS DE LOS RIOS: :—

RECREATIVAS:

Paisajes de Occidente. Paleta de Viaje. De Vacaciones (Memorias de un Estudiante).

DE DERECHO:

Resumen de Penalidad Positivista y de su Refutación
Disceptaciones Jurídicas. Misiones Diplomáticas.
Connotación de la Ley órgánica del Cuerpo Diplomático Mejicano y los principios respectivos del Derecho público internacional.
Antinomias del Código de Procedimientos Civiles.

J. M. Barnes del Río

JOSE Mª BARRIOS DE LOS RIOS

(DURALIS ESTARS)

OCÉANO

Hoc opus, hoc studium parvi properemus et ampli,
Si patriae volumus si novis vivere cari.
Horacio, Ep. III, Lib I.

ES PROPIEDAD DE ENRIQUE BARRIOS DE LOS RÍOS

SOMBRERETE

BIBLIOTECA ESTARSIANA

Empresa editorial de las obras de

ALMAVIS Y DURALIS ESTARS

(Lics. Enrique y José María Barrios de los Ríos)

1907

196803

EDICION PRIMERA

Imprenta de la Biblioteca Estarsiana, á cargo de
FRANCISCO DE P. PEGUEROS.

Sombrerete, calle Real, Nº 75

POETAS HISPANO-AMERICANOS

LIC. D. JOSÉ Mª BARRIOS DE LOS RIOS

(*De «El Tiempo Ilustrado,» Méjico, 20 de Novbre. de 1904*).

El 11 de Febrero de 1864, nació en Zacatecas, residencia accidental de sus padres, que vivían en la ciudad de Sombrerete, y lo fueron los señores Lic. D. José Mª Barrios y Da. Adelaida de los Ríos é Ibarrola, á quienes dió la bendición nupcial en Durango, en 1859, el Ilmo. señor Obispo Dr. D. José Antonio Laureano López de Zubiría y Escalante, tío de la desposada, y muy afecto á su familia.

Hizo su carrera literaria en el Seminario Conciliar de la Purísima de Zacatecas, de 1873 á 1885, y obtuvo el título de abogado el 6 de Febrero de 1886. Desde Marzo de ese año hasta fines de 1888, fué catedrático de tercer curso de estudios preparatorios en el Colegio Seminario de San Luis Potosí, á cargo de padres de la Compañía de Jesús, y á la vez estudió Teología y lengua griega, bajo la dirección del sabio hijo de Trento, Vicente Luis Manci, quien le distinguió con amistad estrechísima.

En Julio de 1889 se radicó en Méjico, y fué tres años redactor de "El Partido Liberal," en unión de Manuel Gutiérrez Nájera, Adalberto A. Esteva, Anacleto Castillón y otros escritores de valía. A la muerte del R. P. Manci le consagró en ese diario un artículo biográfico. En esa época, y aun antes de que viviera en la metrópoli, publicó muchas composiciones suyas de prosa y verso en "La

Voz de Méjico."

En Julio de 1892 aceptó el Juzgado de 1ª Instancia del Partido Sur de la Baja California, y partió para La Paz, donde desempeñó aquel empleo hasta Junio de 1895. Varias sentencias suyas publicó "El Derecho," órgano de la Academia Mejicana de Legislación y Jurisprudencia, correspondiente de la Real de Madrid. Después de la judicatura, ejerció la abogacía en aquel puerto. Fundó allá "El Peninsular," "El Correo de la Paz" y la "Revista Jurídica," y en el primero de esos periódicos empezó á calzar sus poesías con el significativo pseudónimo de DURALIS ESTARS, símbolo del esfuerzo con que luchaba contra circunstancias adversas á su dedicación al arte.

En Marzo de 1896 pasó á Guaymas, Estado de Sonora, donde ejerció su profesión, colaboró en "El Imparcial" y fundó "El Comercio."

Deseoso de reunirse con sus hermanos, se radicó en Santiago Ixcuintla, Territorio de Tepic, en Febrero de 1898, y allí ejerció la abogacía y fundó "El Trópico." Colaboró desde esa población, con un estudio sobre la marina de guerra, en el "Libro de comentarios breves sobre Legislación Patria," formado por abogados notables de la ciudad de Méjico, en honor del Señor General D. Porfirio Díaz, á quien presentaron la obra en la inauguración de su periodo presidencial en curso.

A mediados de 1900 se trasladó con su familia á Guadalajara, y fué redactor del "Diario de Jalisco." Concurrió desde aquella capital á los primeros Juegos Florales que hubo en Méjico, celebrados por la Colonia Española, el 7 de Septiembre de 1901, y ganó el premio de la Junta Patriótica de Covadonga, con su canto en castellano antiguo, intitulado "La Virgen de Guadalupe y los Españoles."

En Enero de 1902, comenzó á publicar en Guadalajara "La Legalidad," para combatir persecuciones políticas disfrazadas con procedimientos judiciales; siendo molestado á la sazón por la que años antes emprendiera contra él un ex-jefe político de La Paz, vióse obligado á un penoso viaje hasta la Ensenada de Todos Santos, donde alcanzó un triunfo definitivo, y libre ya de injusticias, viajó una temporada por los Estados Unidos.

Regresó á Sonora á principios de 1903, y se radicó en el rico mineral de La Cananea, donde falleció de pulmonía el 5 de Noviembre de aquel año. Su última poesía conocida, fué la oda al Siglo XIX, que presentó en los Juegos Florales de aquel Estado, verificados en Guaymas el 15 de Septiembre del mismo año, y que obtuvo el premio

del Ayuntamiento de aquella ciudad marítima.

Vivió siempre entregado á las nobles tareas del estudio que amaba desde niño. Sus adelantos crecieron al par de su constancia, y sus composiciones originales son numerosas. Sus poesías publicadas como él proyectó reunirlas, formarán algunos tomos, bajo los títulos de "Océano," "Pompillas," "Selectas," "Oratorios ó Delicias de mi Madre," "Monóstrofes" y "Microapólogos." Sus escritos en prosa compondrán igualmente varios volúmenes, intitulados: "El País de las Perlas y Cuentos Californios," "Tribuna Filosófica y Literaria," "Juicios de Coetáneos," "La Riqueza del Mar" y "Exerta Jurídica."

Con verdad puede afirmarse que la breve historia de la existencia de "DURALIS" está compendiada en el terceto siguiente de una de sus epístolas:

"Ha pasado la corta vida mía
á Minerva y á Temis consagrada,
y á la docta é ilustre poesía."

PRELUDIO

MI PÁLIDA

Siéntate junto á mí, triste memoria
de la antigua alegría,
y vuélveme á contar tu vieja historia;
te escucharé llorando hasta que muera,
compañera
melancólica mía.

Vuelva á volar en mi mansión desierta
tu suspiro angustiado!
Siéntate junto á mí, pálida muerta,
dame el beso glacial, y aquí reposa
dolorosa
sombra de mi pasado!

Ha mucho tiempo que de mí ofendida
en el silencio vienes
á conturbar la calma de mi vida.....
Sea, pues; resignado á mi destino
á tí inclino
mis abrasadas sienes.

Tú escribiste con sangre de mis venas
la página enlutada,
compendio miserable de mis penas:
torna á leerla, en tanto que me presta
su funesta
obscuridad la nada!

MIS AMIGOS

Mi verso, pregonero doloroso
de un amor infinito,
cae como una gota de amargura
en el buen corazón de mis amigos.
Están ellos dispersos. Nada saben
de si he muerto, ó si aun vivo;
pero cuando leen alguna estrofa
que revela mi espíritu,
en tono de recóndita tristeza
murmuran condolidos:
—¡DURALIS! ¿Todavía vas luchando
con la estrofa y el ritmo?
¡Resuena aún errando por el aire
tu verso dolorido!
No acabas de luchar: hace veinte años
que sueñas con el mito:
la fábula, el fantasma, lo impalpable
ocupan tu sér frivolo!.....
Es verdad, buenas almas,
tienen razón, mis gárrulos amigos;
pero mandad, entonces, á la hoja
que no trace esos círculos
á que la arroja el soplo arrebatado
del negro, implacable torbellino.....
Dejadme, pues, que tiene

cada uno su abismo
donde le empuja indómita la fuerza
de algo desconocido:
y perdonad, si vuelve á molestaros
con su flébil suspiro
mi verso, pregonero doloroso
de un amor infinito.

HORIZONTE

Á MI PÁLIDA

Otra vez entreabres tus pestañas,
¡pálida y dulce muerta!
y con intenso resplandor me bañas:
disipando las nubes de tu frente
dulcemente
el amor te despierta.

Al vago resplandor que se desmaya
de la tarde serena,
llega mi barco á tu escondida playa;
bardo fuí del sepulcro y del olvido,
y á tu oido
mi nuevo cantar suena.

Nuevo cantar y nueva melodía
de mí espíritu brota;
escúchala también, pálida mía,
mientras á no volver la nave zarpa
y mi harpa
cae por el suelo rota.

Acuérdate del libro en que leías,
desolada y confusa,
la página de llanto de otros días;
aleja de mi pecho esa congoja,
y la hoja
vuelve, pálida musa.

Trazada en pos de tí dejo mi huella
con la fatal constancia
con que fulgura en su órbita la estrella;
siempre inclinado á mi destino acerbo
fuí tu siervo
casi desde la infancia.

Besé ¡triste de mí ¡tu fuerte yugo,
y el cáliz apurando
en que agotar mis lágrimas te plugo,
sentí que me inundabas de otra vida
escondida
en el tósigo infando.

Tirana, como el cebo del pescado,
con seductora risa

el ardoroso labio disfrazado,
¿cómo estar á tus plantas sin que ardiera
en la hoguera
de tu mortal sonrisa?

Ay! ¿Cuándo el mar no batirá las costas?
¿Cuándo huirá el torrente
del cerco de sus márgenes angostas?
Antes romperán ellos sus cerrojos
que tus ojos
no iluminen mi frente.

Cuando yo me espantaba de tus brazos
crucé la mar huyendo:
la espuma que bullía en los ribazos
me figuraba que era tu sollozo
que á otro gozo
me llamaba muriendo.

Si vieras, si palparas mis sentidos
qué frenesí los mueve
á quedar en los tuyos difundidos,
como el rocío que la tierra moja
en la hoja
del pámpano se embebe;

como la llama que consume el leño
y siente que agoniza
con los temblores del eterno sueño,
y en convulsión postrera se estremece

y perece
lamiendo la ceniza.

Así quiero abrazar tu ser entero,
y al mirar en tus ojos
el ánsia instable del amar postrero,
consumirme también allí vencido,
pero asido
á tus yertos despojos.

Henchida de la miel del monte Hibleo
se entreabre tu boca,
los rayos que incandescen el deseo
en tu mirar fulguran; y tu mente
dulcemente
se va tornando loca.

Tus manos arden y tu seno agita
hondo estremecimiento,
tu sangre al corazón se precipita,
corre un tósigo blando por tus venas
ay! y apenas
tienes de hablar aliento.

La rosa y el espléndido granado
rien en tu mejilla
y la miel en tus labios se ha secado:
tu corazón es del placer el centro
y allí dentro
sólo una imagen brilla!.....

Tersa la mar, inmóvil y tranquila
¿volverá la tormenta,
torva la voz, de fuego la pupila
á comover la líquida llanura
en obscura
noche, de horror sedienta?

Volverá, sí, y el barco de mi vida
vagará silencioso
muy lejos de tu playa bendecida,
y otra vez tornaré, el horror pasado,
á tu lado
buscanbo mi reposo.....

Nuevo cantar y nueva melodía
de mi espíritu brota,
escúchala también, pálida mía,
mientras á no volver la nave zarpa,
y mi harpa
cae por el suelo rota.

¡LEJOS!

Al raudo impulso mi velera nave
del viento indócil, por la mar se aleja,
y del poniente al resplandor suave
distante el cerco de las playas deja.
Tras de las cumbres, mortecina y grave
la tarde oculta su dorada ceja,
y así volaron, al azar perdidos,
en las alas del viento mis gemidos.

Tierra donde nací, mansión dichosa,
entre agrestes cañadas escondida,
de cuyos montes á la falda umbrosa
meció mi cuna el aura de la vida;
mi contristado espíritu reposa
en tu imagen de amor, que nunca olvida,
y cuando invoca tu recuerdo santo,
eleva melancólico su canto.

¿Qué desdicha cruel así me arranca
de mi feliz hogar? ¿Porqué el destino
ante mis pasos de dolor estanca
el ancho mar, desata el torbellino
y hurta tu imagen nebulosa y blanca
á los ojos del triste peregrino
ay! resignado á que en su pluma leve
mi voz tan sólo el huracán te lleve?.....

Entre hirsutos peñascos y montañas
de opuncias y yerba enrarecida,
la falda salpicada de cabañas
y alcázares graníticos circuida,
con alegres y fértiles campañas
de una estrecha garganta á la salida,
y entre nueve lagunas puso el cielo
mi bendito rincón del patrio suelo.

En la más alta cumbre adustas peñas
de tres crestones agrios é imponentes,
desnudos de las púdicas alheñas
y cambrones que hay en las pendientes.
Escúchase, al pasar entre las breñas,
el hórrido silvar de las serpientes,
que hallaron de las rocas escarpadas
en las hondas fisuras sus moradas.

En cañada recóndita y repuesta
murmura el agua del venaje oculto,
el céfiro llorando en la floresta

mece las ramas el sabino adulto,
en el cañón de pedregosa cuesta
se alza la espiga del esparto inculto,
y vive al lado de marvel campestre
la cenicienta anémona silvestre.

El paso de las aguas diluviales
abrió tal vez inmensas hondonadas,
en cuyo fondo limpios manantiales
fertilizan planicies ignoradas;
á su margen anidan los turpiales,
y en medio de las horas abrasadas
triscan los inocentes corderillos
sobre alfombra de lapas y tomillos.

En la corriente pura sus corolas
retratan sonrientes florecillas,
rosas, jazmines, lirios y amapolas,
y claveles y gayas maravillas;
mas en tan corto número y tan solas
se dan en estas húmedas orillas,
que tristes al mirar aquestas flores
anhela el corazón tiempos mejores.

Brotan á trechos azucenas tiernas,
de vientos apacibles halagadas,
á orillas de las húmedas cisternas
que dejó la codicia abandonadas:
en las lóbregas grutas subalternas
yacen espesas aguas estancadas,

donde ejercen dominios señoriles
ranas, lagartos y culebras viles.....

A la margen del tímido arroyuelo
que apenas besa el muro envejecido,
levanta sus tres cúpulas al cielo
el templo secular medio derruido:
en las negruzcas piedras que en el suelo
de lo alto al caer se han detenido,
á descansar se aleja del sendero
mientras beben sus recuas, el arriero.

Bañando en luz el arco mal seguro
penetra el sol por la techumbre rota,
y al carcomido pie del viejo muro
la cimbalaria entre malezas brota.
A la vera creció de estanque impuro
árbol que el viento de la tarde azota,
y bajo el cerco de las pardas ruinas
punzadoras y pálidas espinas.

En la pared por la humedad abierta,
que sostiene columna ennegrecida,
su flor de mil parásitos cubierta
nutre la acacia en la juntura hundida.
De la planicie en derredor desierta,
do á reflección la soledad convida,
con la filosa hoz troncha el cabrero
para el hatillo ruin trévol rastrero.

Así, junto al lugar do mansamente
el manantial resbala tripartido,
alzais al cielo la enramada frente,
¡oh mudos testimonios del olvido!
á cuya sombra duerme indiferente,
de mortal tedio el labrador rendido,
y sin que llamen su atención escasa
ni el arco roto ni el rumor que pasa.

Cuando pliega la noche el ceño adusto
inundando de luz los horizontes,
mueve la luna con silencio augusto
su disco secular sobre los montes:
en las grietas del ábside robusto
trinan desde sus nidos los sinsontes,
y ululando las aves agoreras
desatan sus querellas lastimeras.....

¡Oh templo, y como tú, cuál quedó en vanas
ruinas despedazada el alma mía!
Cual eco funeral que en las lejanas
cumbres de la fragosa serranía
el alegre sonar de tus campanas
con plañidera voz repercutía,
así el clamor de lo que ya no existe
vuelve llorando á mi memoria triste.

La frescura y el plácido murmullo
del diáfano raudal y sosegado,
en su tranquila margen, á su arrullo

á sestear convidan al ganado:
mirándose en las aguas, su capullo
fresco entreabre el girasol dorado,
y por entre las ruinas su lamento
con delgado silvar esparce el viento.

Allí, del crudo enero á los rigores,
sobre hacesillos de silvestres cañas,
entonan su canción los leñadores
sentados al umbral de sus cabañas;
lanza delante de ellos sus fulgores
un hogar de marchitas espadañas,
y al calor deleitoso de aquel fuego
cenan con paz y charlan con sosiego.

Tal vez saltando encima de la hoguera
con intrépido afán juegan los niños,
y á cada salto el padre los espera
con efusivas palmas y cariños;
emprendiendo en seguida la carrera
y atizando el fogón con ramujiños,
cesan por fin del fatigoso empeño
y el tesón infantil rinden al sueño.

A la abertura de musgosa peña
que en mole corpulenta se sublima,
el grave fardo de pesada leña,
si amagan lluvias, el montero arrima;
áspera manta, rústica y pequeña
cubriendo el haz de leña pone encima,

196803

y al abrigo del cierzo al pie se sienta,
mientras pasa el furor de la tormenta.....

¿Dónde aprendí á sentir? Por vez primera
en esas imponentes soledades,
ví cubrirse de horror el ancha esfera
y en su seno rodar las tempestades:
la ví inflamarse en radiación ligera
ó iluminar las hondas cavidades
en donde el viento encadenado zumba
y el trueno con estrépito retumba.

Ah! cuántas veces la enpinada cuesta
que al ojo oculta el rumbo de Levante
ví de nubes cercada, y la alta cresta
arder en viva luz centelleante,
y saltar de su abismo ronca y presta,
roja y violácea chispa coruscante,
y cuántas en metrallas de granizo
el pavoroso nimbo se deshizo!

Como suele en los mares procelosos,
pasada la estación de la bonanza,
dibujar en la arena ténues fosos
el primer viento á la primer mudanza;
y con pasos inciertos y medrosos
marcha en calma aparente, y luego avanza
con pie veloz el aquilón ligero,
y turba el corazón del marinero;

así obscurece el sol parduzca niebla,
el cúmulo preñado el aire opaca,
instante á instante el ámbito se puebla
de goteante humor: de pronto aplaca
la tormenta su empuje; mas tiniebla
horrible cerça el monte, y se destaca
del negro horror la adusta pesadumbre
al brillar del relámpago la lumbre.

Luego la lluvia espesa va arreciando,
bajan rugiendo de las altas mesas
las aguas espumosas, serpeando
por los ramblazos, á las anchas presas;
y á tiempo que en los valles van entrando
y en los floridos huertos y dehesas
por cárcavas profundas, se desatan,
y árboles cubren y ganados matan.

Despéñase con ímpetu furioso
el arroyo que raudo culebrea;
con eco prolongado y cavernoso
resuenan monte y comarcana aldea;
revuélvese con soplo temeroso
el viento que los árboles cimbrea,
y con los truenos de las nubes lucha
su voz, que el suelo con espanto escucha.

Agrándase el fragor, crece el estruendo,
por el campo anegado el agua cunde,
con el bramar del líquido tremendo

el estridor del aire se confunde:
con nuevo retemblar y ruido horrendo
enorme estrato del crestón se hunde,
que arranca la violenta sacudida
de la tromba en el éter suspendida.

En las entrañas de las sierras muje
la catarata hirviente: su oleaje
descuaja troncos á su recio empuje,
dispersa por las peñas su ramaje,
y como férrea lámina que cruje
resuena el cielo con clamor salvaje:
la tierra en broncos ecos le responde
y bajo el velo torrencial se esconde.....

Desde que encima oí de mi cabeza
tronar la tempestad soberbia y ruda,
caer el rayo con fatal presteza
sobre la frente del peñón desnuda,
jamás vino á turbarme la tristeza
ni á turbarme jamás vino la duda;
que á TI, que vibras el zigzag luciente,
mi alma te ve, mi corazón te siente!.....

¡Olas del turbio mar, que en torno mío
ruidosas levantais copos de espuma,
y tú, desierto piélago sombrío
que el hombro cubres de enervante bruma;
antes que al peso del dolor bravío
mi corazón marchito se consuma

callad, callad vuestro rumor sonoro,
¡olas del turbio mar! y ved mi lloro!.....

Cuál hoy se apaga en mi conciencia obscura
el fulgor de la prístina alegría,
cuál, empañada con tiniebla impura
de tristeza sin fin la vida mía,
clavado tu recuerdo de amargura
padezco tu agobiante nostalgía,
tierra donde nací, de enhiestos montes,
de claro ambiente y limpios horizontes!

Después que abandoné tus verdes cimas
quise gozar de los inmensos mares;
partí ¡con qué placer! hacia otros climas,
sin odios, sin zozobras, sin pesares;
cuán desolado en dolorosas rimas
lamento ahora mis ausentes lares,
tendiendo la mirada tristemente
por el espejo de la mar luciente.

Si encuentro algún solaz aquí viviendo,
es aguardar las olas una á una
cómo se llegan á mis pies muriendo
cual pobres ilusiones sin fortuna;
alzarse sobre el piélago tremendo
la rueda magestuosa de la luna
y contemplar las frágiles barquillas
mecerse de la mar en las orillas.

Cuando la parda ola que se enfría
busca su lecho en la mullida playa,
con cruel afán el alma se extasía
mirando que en la arena se desmaya,
cuando enrojese, al espirar el día,
el sol crepuscular, desde la raya
azul del horizonte, las angostas
radas profundas y empinadas costas.....

¡Bello y sublime el mar! Mas nunca iguala
ninguna pintoresca perspectiva,
ningún florido prado ó verde gala,
ningún hermoso cielo ó tarde estiva,
á tu áspera pendiente que resbala
en cadenas de pórfido cautiva,
y cuya imagen dentro el alma llevo,
recuerdo siempre antiguo y siempre nuevo.

¿Cómo olvidarte, eden? ¡Cuánto disfruta
grato consuelo el alma si te nombra!
Tengo presente tu desierta gruta,
tu leve ruido y tu nocturna sombra.
¿Cómo olvidarte ya? Tu pompa enluta,
cubra tu suelo la agostada alfombra,
y cierra el paso á tu corriente fría
porque no ven mis ojos tu alegría!.....

Si alguna vez tras ímproba tarea
busco olvido y solaz á mi desvelo,
en vano, en vano el corazón desea

esa luz, ese ambiente y ese cielo;
en la sábana líquida que ondea
fijan mis ojos su incansable anhelo,
cruzar quisiera el seno proceloso
y hallar en tu regazo mi reposo.

¡Nunca será! Si con gigante estruendo
embravecido el aire en cruda guerra,
formidable rumor y estrago haciendo
el árbol secular echó por tierra;
fuera en vano, del suelo removiendo
el tronco enorme, en la empinada sierra
plantarlo, y que de nuevo en el boscaje
sombra diere á las aves su ramaje.

Si del destino la alevosa mano,
ha tiempo contra mí puesta en acecho,
la punta hundió de su puñal tirano
en mi tranquilo y confiado pecho,
¿á qué me quejo ya? Mi acento es vano,
aunque me hubiese en lágrimas deshecho,
esta mortal y lastimosa herida
sólo puede sanar con otra vida.

A tí, de mi ternura objeto caro,
¿dónde te conocí? Tú fuiste un día
en honda lobreguez mi único faro,
tranquilo amor de la existencia mía.
El resplandor de tu mirada claro
llenó de luz mi tierna fantasía;

y estrofas de mi musa adolescente
encendieron tus besos en mi frente.

Al pie de breve y lóbrega colina
se levanta entre juncias tu cabaña,
más blanca aún que el cerco de neblina
que encubre en el invierno la montaña:
cuando la tarde pálida declina
y el sol con ténue luz el mundo baña
guiaba mis pasos á buscar tu seno,
ay! como el mío de ilusiones lleno!

Frente á la choza, en reducido huerto
que de verdura y árboles se viste,
á cuyo limbo umbroso y encubierto
la fronda el paso de la luz resiste,
cuántas en ese oasis del desierto,
encanto y expanción del alma triste
disfrutamos de amor noches serenas,
sin la inquietud de congojosas penas!

Los dilatados campos, las distantes
montañas que los guardan y circundan,
las alegres cabañas humeantes,
los sazonados frutos que allí abundan
jamás olvidaré: perezcan antes
y en la nada por siempre se confundan
las dulces esperanzas en que fío
tornar dichoso á tu rincón umbrío.

Ah! cuántas veces dirijí la planta
de aquel ángel de amor en compañía
al monte sublimado que levanta
la hirsuta frente á la región del día;
y al pálido fulgor que se adelanta
al paso lento de la noche umbría,
bajar nos vió por la dorada cumbre
del crepúsculo gris la vaga lumbre!

Cuando nuestra alma en lastimosa queja,
perdida la quietud consoladora,
echa menos la paz del bien que deja
y á vida obscura se condena y llora,
y cuanto más padece más se aleja
de aquella amiga calma bienhechora,
en cuyos brazos, en felices días,
gozaba de inefables alegrías;

cuánto vivir al corazón le cuesta
de recuerdos tiranos afligido:
de todo cuanto amó ya no le resta
una risa, ni un beso, ni un latido;
la marchita ilusión ya no le presta
del encanto pasado el colorido,
y más la sed devoradora crece,
y ni acaba el tormento, ni él perece.

Si próxima á venir la noche umbría
tu recuerdo mis lágrimas reclama,
con acento de cruel melancolía

mi desolado corazón te llama;
que con la fe que te jurara un día
constante y fiel mi corazón te ama,
y el dolor de no verte es tan intenso,
como profundo el mar y el cielo inmenso.

No me recuerdes ¡ay! musa doliente,
el instante fatal de mi partida:
ondeantes los rizos en su frente,
su mirada con llanto obscurecida,
apagada su voz y balbuciente
entre amargos sollozos despedida,
con sus gemidos detener quisiera
del indócil destino la carrera.....

Y me alejé por fin: en los senderos
saludábanme al paso los pastores
que del afán tornaban placenteros,
de aquel edén felices moradores:
con ellos las vacadas y corderos,
del día á los postreros resplandores,
con tardo paso y lúgubres validos
volvían de pastar en los egidos....

....

¡Olas del turbio mar, que blandamente
el costado azotais de mi barquilla,
y en cuya superficie reluciente
la blanca luz de las estrellas brilla;
ya se asoma la luna en el Oriente
tras las remotas cumbres de la orilla:

no puedo más: llevadme á la ribera,
olas del turbio mar, antes que muera!

Mazatlán, 5 de octubre de 1892.

*o*o*

EL ARTE CLÁSICO

Después de haber leido la rapsodia
cerré el volumen de los áureos versos,
y me quedé abismado, hacia otro mundo
mis amargas memorias dirigiendo.
Un tristísimo canto se alzó entonces
del fondo conmovido de mi pecho,
canto de melancólica dulzura,
que las desiertas playas repitieron:

«¡Adios, adios, antiguos ideales,
tesón perdido de mis años buenos,
de cuyo marco azul las líneas puras
aun esfuma el fulgor de mis recuerdos!
Pasad á no volver, excelsos nombres,
arte ilustre de Grecia aun más excelso,
tumba gigante de la edad augusta

que el espíritu creó del gran Homero;
pasad, á no volver, heróicas huestes
de reyes, sacerdotes y guerreros,
los que á la orilla del turbado Simois
sacra simiente del renombre aqueo
hicísteis germinar con sangre teucra,
y cubrísteis de Príamo soberbio
por el hijo de Tetis alentados
la sien caduca de ciprés funesto.
Pasad, los de Ilión reyes vencidos,
dolientes, errabundos y dispersos,
los que oísteis tronar, ya roto el mástil,
las roncas tempestades del Tirreno,
los que en la verde riba laurentina
nuevo trono erigísteis y altar nuevo
pasad, á no volver, sombras adustas,
ínclitos padres del romano pueblo.....

Oh! si en aquesta edad hurtar pudiera
su péctide á Simónides de Ceos.
sus alas á los himnos de Terpandro,
su grácil ritmo á los idilios griegos,
y coronar la frente de mi musa
con guirnaldas de rosas del Himeto,
cuál se alzaría mi canción pujante
en medio de los clásicos recuerdos,
bien como envuelta en el vapor del río
la oración de los bosques sube al cielo.....
Cuál, semejante á los macizos fustes
que sostienen los ábsides pentélicos,

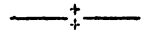
ática estrofa, y púdica, y sencilla,
último encanto del primer heleno
decoraría el pórtico suntuoso
del que la edad moderna osado templo
levanta al gusto actual, numen altivo
de alas monstruosas y gigante aliento.
Cuál del Pindo en el halda cavernosa,
nuestro siglo inmortal y su alto genio
resonancia magnífica hallarían
de sus almas conquistas al estruendo.
Cuál apacentaría sus tristezas
la musa desolada de estos tiempos,
si allá en las grutas del cretense Ida
aun fingiese escuchar los silvos tiernos
de la flauta de Pan, y los sollozos
del místico laud del dios Timbreo!.....

¡Adios, adios, antiguos ideales
que acarició mi juventud! Muy lejos
el tiempo raudo en su fugaz carrera
nos va arrastrando, en implacable vértigo,
de aquella edad de luminosos días;
su llorosa memoria asilo estrecho
sólo halló en los rincones taciturnos
donde se hurta el bibliófilo moderno
á los cuidados diarios, ó en las aulas
do el tímido escolar con débil eco
repite la lejana melodía
que al rojo numen inflamaba en Delos.

¡Oh Grecia, oh Grecia, pompa ya caída
del tronco secular y gigantesco
donde enredaron sus agrestes nidos
las águilas de Píndaro y Tirteo!
Ya no adula el sonar de tus trompetas
bajo el pórtico grave de Academo
las complacientes iras del tirano
precursor del déifico Demetrio.
A esta generación ya no le es dado
renovar de tus triunfos el acento,
ni ya del Janto en la ribera esquiva
bajo la frigia tienda abrir los pechos
de las sagradas víctimas, y oculto
leer en sus entrañas el agüero,
ni escanciar en las líbicas llanuras
de la sícula vid el jugo añejo.
¡Oh Roma, tú también, á cuyas artes
confió el sagrado Olimpo sus misterios!
Ya nadie escucha en tus dormidas selvas
de las aves mantuanas los gorgeos,
ni las palomas de Tibur arrullan
del pacífico Augusto el muelle imperio:
tu nombre vuelca en sus profundas aguas
la callada corriente del Leteo.....
¡Pasad, á no volver, sombras adustas,
adios, adios, mis ideales viejos!»

A este punto mis lágrimas ahogaron
la vena de mis flébiles acentos,
y me quedé abismado, tristemente

hácia el golfo la vista dirigiendo.
Los velámenes grises de las naves
allá en el horizonte aparecieron,
y poco á poco percibió mi oído
de una grita lejana el sordo estruendo,
hurras de enhorabuena que lanzaban
las gentes que volvían del buceo;
y entre el clamor de sus alegres risas
se perdieron confusos mis recuerdos.



BATELERA

Espléndido está el día. La gaviota
dibuja en el azul su blanca raya,
arrastra el caracol su valva rota
por la caliente arena de la playa;

bulle la espuma en copos de colores
en la movible cima de las ondas,
y en los surcos del agua tembladores
el sol desata sus guedejas blondas;

hórrida sombra al pie de los collados
ennegrece del mar la mole torva,
y el oleaje en los rugientes vados
golpea sin piedad la playa corva.

Un poco más allá, vogad, remeros,

donde más bronco el estridor resuena;
bajo esa rambla de peñascos fieros
fijad el garfio en la profunda arena.

¡Salud, alto furor del mar Bermejo!
Tu abismo de mi ser se enseñorea,
como del infeliz que llegó á viejo
la de otra vida incomprensible idea.

Aquí probó la cortesiana quilla
los golpes de tu furia aterradora,
y acaso su piloto, en esta orilla,
sacó á la arena la cascada prora.

Espléndido está el día. La gaviota
dibuja en el azul su blanca raya.
Dejo el esquife que la mar azota,
y salto á descansar sobre la playa.

EL «OCEAN BIRD»

Á R....

Hace ya una semana que me alberga
del «Ocean Bird» la camarilla blanca.
Obscura está la mar, como tus ojos,
y la noche más fría que mi alma.
En vértigo de loca pesadilla
sacude el Bóreas la cabeza cana,
y sobre la ondulante superficie
agita el torbellino de sus alas.
¡Bardo de eternos cánticos, que sueñas
con romper de la mar la inmensa valla!
Quizá resuene de tu ronco grito,
al conmover del golfo las entrañas,
el eco rudo en las cavernas cóncavas,

do tienen las Nereidas sus moradas.

¡Así llegara mi impaciente queja
del bien querido á la risueña estancia,
y con secreta voz en un suspiro
mi pasión infinita concentrara!

Inclinada la frente contra el marco
estrecho que circunda la lucana,
miro pasar de las confusas olas,
ebrias de luz, las relucientes masas;
dilatarse hasta el lóbrego horizonte
como mies en el campo amontonada,
ó cual monstruos nacidos de la espuma,
erguidas las cabezas asustadas,
en los hombros cerúleos derramando
las fulgurantes crines plateadas.

Por aquí han penetrado mis recuerdos,
de mi muerta ilusión cohorte pálida,
bañados de esplendor amarillento
al rayo de la luna solitaria.

Junto á mi corazón con cruel gemido
los cantos maternales de la infancia
ay! se conduelen de mi errante vida
de los amados lazos arrancada,
como náufrago leño que arrincona
el implacable mar en costa extraña.

Las dulces ansias del amor primero,
y la primera tímida esperanza,
y aquellas rosas que indolente huella
la juventud con inexperta planta,
memorias tristes, en silencio acuden
y, como del pavor veste enlutada
que de los hondos valles tenebrosos
y gargantas lúgubres se alza
hasta la cumbre altiva donde prende
muriendo el sol su última mirada,
mi pasado también, noche siniestra,
en mi espíritu adusta se levanta.
Suena el viento en las gúmenas y estriden
temerosas las velas y las jarcias,
velan al pie del mástil los marinos
y los grumetes perezosos cantan;
sólo el indócil pensamiento mío
despliega insomne sus cansadas alas,
y de mis ojos en amarga vena
quiere saltar el curso de mis lágrimas.

¡Cuántas tristezas mías ha sabido
del «Ocean Bird» la camarilla blanca!
Hasta tu imagen pura, amada mía,
cual de un sepulcro la indecisa lámpara,
oscilando en mi mente, alumbra incierta
el horroroso caos de mi alma,
y estremecerse veo tu recuerdo,
como si mis abismos te espantaran;
ó bien ya me figuro que la lumbre

de tu mirada púdica, derrama
el vívido fulgor que envió á este mundo
del sol primero la fecunda llama,
que entra en mi corazón, y que un ser nuevo
de sus cenizas áridas levanta;
ó pienso que en consorcio innenarrable
prestó la noche á tus pupilas castas
con sus terrores mudos y sus sombras
su honda quietud y su infinita calma,
y atraido me siento hácia el reposo
de otro mundo mejor, donde se ensancha
el raudal miserable de la vida,
y sus repuestas márgenes dilata,
y en su suave corriente, gloria tuya
sonríen las esferas azuladas.

¡Si vieras cuántas cosas aconseja
del «Ocean Bird» la camarilla blanca!
Si la pasión indómita, sin freno
vuelca en mi corazón su copa amarga,
no llegará mi voz á tus oidos,
ni sentirás siquiera mis pisadas;
me acercaré en silencio, como corre
el caudal de la fuente entre espadañas,
á perderse en los álamos del soto
ó del otero en la tupida grama.
Llegaré como el ave perseguida
busca el abrigo de las peñas agrias,
como en su carro azul la estiva tarde,
como la muerte en la saeta rápida.

Ah! teme, teme del amor inmenso
el ansia cruel y la impaciencia ávida,
que la pasión ha de verter su copa,
como el mar honda, como el mar amarga,
y el verso es mensajero silencioso,
y con arma invisible hiere y mata.

LA TARDE

A mis ojos se extiende la rada de *Las Focas*,
su ingente óvalo cercan montículos enanos,
cuyas cumbres escarpan denticulares rocas
que semejan mandíbulas de entes prediluvianos.

El crepúsculo incendia los torrentes calizos
donde oscila el penacho del ceniciento esparto,
abandona la iguana los cactos albarizos
y á su cobacha angosta se retira el lagarto.

Los ceriformes troncos, en cuyas ramas suena
al agitar el viento sus ojas dactiladas,
con sus sombras dibujan en la inconstante arena
los símbolos caducos de las glorias soñadas.

Vierte la tarde plácida frescura y ambrosía

del ubérrimo seno: se esparce su fragancia,
grata como el recuerdo de lejana alegría
que aun perfuma el ambiente de abandonada estancia.

En la playa un abuelo refiere sus memorias
ante un corro de niños que le escuchan perplejos:
se parece el estilo que anima sus historias
al desvaído musgo de los árboles viejos.

Entretiene á sus nietos con peligros gigantes
de guerras, y naufragios, y homéricos sucesos;
acaricia en su alma los recuerdos distantes,
mientras la muerte roe sus trabajados huesos.

También ante su oráculo se sentará el poeta
y escuchará los ritmos de los días lejanos,
porque él es como un niño, le divierte y le aquieta
la escuela al aire libre de los buenos ancianos.

EL DIOS NEGRO

Á Aurelio Pérez Peña

Yo visité en silencio
las ruinas de los pórticos gentílicos,
y aprendí un nuevo culto,
el culto misterioso del Olvido.

Alcázares de príncipes soberbios,
de tiranos malditos;
estatuas que á la Némesis impura
labró demente el arte corrompido,

murallas de ciudades fastuosas,
pirámides y torres de granito,
donde asentó la antigüedad abyecta
los solios de sus dioses prostituidos,

sepulcros y epitafios ya borrados,
índices de altos nombres ya perdidos,
donde trazó la vanidad el último
sarcasmo del destino;

templos y altares visité en silencio,
escombros y pavor son sus recintos.....
y aprendí un nuevo culto,
el culto misterioso del Olvido!

***

¿Quién dió su tumba á la bivalva almeja,
para que cumpla inmóvil su destino?
Y en la verdosa quilla de los barcos
¿quién adhirió el tentáculo del riso?

¿Quién echó el musgo en la ignorada peña,
y la túnica helada al muerto río,
y en el prado vicioso la hojarasca,
y el trébol mustio en el lagar marchito?

¿Quién domó con quietud abrumadora
la cerviz del Océano bravío?
¿Quién enredó las hebras de las lianas
en el penacho obscuro del sabino?

¿Quién enturbia los ojos de la noche
con llanto de luceros blanquecinos?
¿Quién avienta del hombro de las selvas
el manto verde, y rosa, y purpurino?

¿Quién las alas soltó de la esperanza
en la tétrica mente del impío,
y la obligó á salir bajo la calma
de siniestro suspiro?

¿Quién el germen ahogó de la existencia
en el temprano corazón del niño,
y le arrojó del campo de la vida,
cual recio viento á los flexibles lirios?

***

Cuando posa la noche
en mi frente su labio entumecido,
levanto mi esperanza
hasta el trono del dios y así le digo:

Inefable ser mudo,
áuspice del odiado y del proscrito,
tú que bien pronto á tu implacable imperio
has de ver este mundo sometido,

Escucha mi plegaria,
mi queja de dolor acoje pío,
tú, solo amparo en el dolor sin término
en que me abraso y vivo.

Tú del silencio, taciturno hermano,
tú de la sombras invisible hijo,
te amamantó la noche y te mecieron
de la nada en el piélago vacío.

Moras en las recónditas cavernas
donde el humano pie no ha descendido,
ni la fiera salvaje nunca osara
tu reposo turbar con ronco grito.

Cubren las aguas de la mar cerúlea
tu soledad sin límite; á tu oido
ni un rumor de la vida te estremece
allá en el fondo de tu lecho frío.

Cuando trasmonta el sol, á la ribera
ya enpañado el espejo cristalino,
me acerco, que del antro el mudo ámbito
es á mi viaje fúnebre propicio.

Abriendo el seno de la mar callada
hasta el umbral de tu sagrado asilo
muevo la planta, y el medroso verso
rueda temblando en el glacial abismo.

Llevo hasta el vientre de la madre tierra
mi desencanto y mi dolor conmigo,
busco tus brazos, y en tu cuna helada
quiero yacer contigo;

pero al tocar tu clámide polvosa
por el horror inmenso protegido,
al rozar con mi frente desmayada
de tu vejez los escarchados hilos;

al sentir de tu aliento el temeroso
frígido soplo y trémulo suspiro.....
perdón, me vence el miedo, y tambaleando
á tus pies me desplomo sin sentido.

***

Perdona si he tornado con mis sueños
á traspasar de mi existencia el quicio,
si he vuelto á alzar el canto y mis tristezas
á alzar vuelven su hórrido gemido.

Perdona, si; y apaguen sus antorchas
los días que alumbraron mi camino,
y en sombra sempiterna
se extinga la inquietud del vivir mío.

Como secas aristas
que el rayo desoló del sol estivo
mis locas esperanzas
consúmanse en tus fuegos escondidos.

En tu honda tiniebla abre sepulcro
á cuanto dió mi pensaminto frívolo
forma en el arte, vida en las ideas,
y en la imagen perfil y colorido.

Da tortura en el yunque de tu enojo
á mi dolor misérrimo, infinito,
y al golpe de tu mazo formidable
caiga mi ser en polvo convertido.

Deshoja tú en la copa de la muerte
la flor de mis recuerdos doloridos,
y acércala cual bálsamo inefable
á mis labios sedientos y marchitos,

Aduerma tu beleño mi cabeza,
llévame á tu invisible paraiso,
y borra para siempre de este mundo
la huella de mi paso fugitivo.

÷ ÷ ÷

LA NIEBLA

¡Andar, andar! Entre los rubios flancos
del sirro que cercándonos está,
á otra región sobre sus hombros blancos
un hada hermosa á conducirnos va.

Grumete, un trago: así con dulces besos
te reciba tu madre en el hogar,
haz sangre á los abdómenes obesos
de aquellas pipas; y salud! y andar.....!

* * *

El autor de *La Nueva Primavera*
en el cristal del *roemer* alemán
miraba reflejarse el alma entera
del universo mundo. ¡Loco afán!

Yo sólo miro al agotar las heces
el busto de un bizarro general,
que ha sido presidente cuatro veces,
campaña tras campaña electoral.

*
* *

¡Andar, andar! El barco entre la bruma
vela de sus contornos el arista,
ni se ve el salto de la alegre espuma,
ni detrás del timón la verde lista.

Se pierden los delgados masteleros
entre el vapor confuso de la niebla,
y de blanquizcos glóbulos ligeros
la entumecida inmensidad se puebla.

Empapa la humedad nuestros vestidos
y un helado rigor cala los huesos,
el corazón amengua sus latidos,
los grumetes de miedo están obsesos.

¿Iremos á encallar la ciega quilla
en medio de traidores arrecifes?
¿No podremos ganar la mansa orilla
botando al mar los frágiles esquifes?

Así frente á Ilión siniestro Jove
cubrió con densa nube el campo aquivo,
Ayax le increpa que la luz le robe

y encarándose al dios grita ofensivo:

—¡Oh Padre, si te place, danos muerte;
pero á la lumbre del sereno día!—
Y del piadoso Jove el soplo fuerte
aventó al caos la nubada umbría.

Yo también ¡fanfarrón! lanzar intento
de Ayax soberbio el brusco desafío,
y alzando mi clamor al firmamento
prorrumpo en el siguiente desvarío:

—¡Oh Zeus inmortal, hijo de Krónos,
húndenos; pero no escondas la cara...!—
¡Ah! y en el más burlesco de los tonos
en lo alto sonó ronca algazara.

Reían la colérica de Samos
y la reina pacífica de Guido.
Mil irónicas risas escuchamos,
y el hijo de Saturno habló á mi oído:

—¡Simple mortal, no seas presuntuoso!
No es tu enemiga la iracunda Palas;
tú no fuiste de Helena el bravo esposo
ni el crimen de Aqueménides igualas.

Por este golfo no ha cruzado nunca
la flota del tristísimo Odiseo,
ni aquí cerca hallarías la espelunca

donde estrellé la nave del de Oileo.....—

* * *

Tenía razón Jove. Y en efecto,
no bien se disipó la niebla opaca
y ya sereno el líquido trayecto,
la observación de Júpiter me aplaca.

No era la isla de Calipso hermosa
la tierra que juzgábamos cercana:
¡era de Mazatlán la playa umbrosa,
bruñida con el sol de la mañana!

PAMANDU

Los pericúes, tribu de valientes,
tienen por jefe á Pamandú Sharabo,
y este tal Pamandú y aquellas gentes,
un tesoro de perlas relucientes,
buceadas en los límites del Cabo.

* * *

Llegó Hernán Cortés al puerto,
codicioso del tesoro,
y aunque ve que está desierto,
su corazón queda abierto
á las conquistas y al oro.

Del bergantín salta en tierra,
revisa y forma á su gente,

decidido á hacer la guerra
por el campo y por la sierra
á todo bicho viviente.

Muchos días de explorar
inútilmente la costa
le acaban de fastidiar;
mas se decide á esperar
otro mes á toda costa.

Cierta mañana divisa
hacia una lejana loma
muchos indios sin camisa,
por pericúes los toma
y á ellos marcha de prisa.

Una embajada á aquel puerto,
confiere á un tal Espinosa,
el cual demudado el gesto,
volvió.....como si tal cosa,
sin las perlas, por supuesto.

Airado el conquistador
se dispone á la batalla,
pide su espada mejor
y se ajusta el ceñidor
sobre la cota de malla.

Los pericúes, atentos
á aquellos preparativos,

la colina ocupan lentos;
y aunque están en cueros vivos,
de luchar tienen alientos.

Son Pamandú y su gente
que salen de un robledal;
llevan conchas en la frente,
trajes de Adán inocente,
cuchillos de pedernal,

macanas de palofierro,
y por clarín y atambor,
un formidable cencerro
que ensordece campo y cerro
con su espantoso estridor.

Como la ola furiosa
que contra el cantil golpea
alzando cresta espumosa,
así, entrando en la pelea;
Cortés al contrario acosa.

Y como peñón inmoble
que contra el agua resiste,
Pamandú, sereno y noble,
para el temido mandoble
con que el invasor le enviste.

Suenan en las armaduras
las ponderosas macanas,

como en las noches obscuras
de roncas nubes lejanas
el trueno de las alturas.

Los sables hacen tal ruido
en las desnudas espaldas,
que semejan el chasquido
con que el mar embravecido
choca de un monte en las faldas.

Indeciso está el combate
nadie triunfar desconfía,
nadie luchando se abate....
pero el cielo de gris mate
se tiñe muriendo el día.

Y al ver que cierra la noche,
hacen esfuerzo supremo;
de golpes hay tal derroche,
de cabezas tal desmoche,
que el trance miran extremo....

Por fin, de heridas cubierto,
Pamandú ha caido en tierra:
llévanle cautivo al puerto,
en tanto que hacia el desierto
huye su gente de guerra.

Aislarle en la nave ordena
victorioso Hernán Cortés,

átanle fuerte cadena,
y, para más dura pena,
sendos grillos en los pies.

—¿Dónde guardas tu tesoro?—
le interroga altivo y fiero,
—si me dieres perlas y oro,
hoy acabará tu lloro,
no serás mi prisionero.

El indio, sereno y mudo,
con noble ademán discreto,
señala el pecho desnudo,
que es el firmísimo escudo
que defiende su secreto....

* * *

Las horas del cautivo pasan lentas,
sufre crueldades y devora afrentas.....
mas yo no tengo tiempo—y lo deploro—
de concluir de narrar por fin de cuentas,
qué fue del pericú y su tesoro.

MÁSCARAS

Con el violín, con la viola,
con la flauta y el timbal,
casa de Chico Mendiola
hay baile de carnaval.

En el verano anterior
murió su esposa querida,
y su suegra, á lo mejor,
hubo de perder la vida.
Dos entierros tuvo en casa
en menos de una quincena,
y tanto gasto le atrasa,
y le agobia tanta pena.
por eso Chico Mendiola

se divierte en carnaval
con el violín, con la viola,
con la flauta y el timbal.

Nuevo amor que tiene fuera
será causa que sucumba
de muy prosaica manera;
mas él no piensa en la tumba:
si la niña le es ingrata,
y de su vista le priva,
y con su ausencia le mata,
será fuerza que él reviva;
si ella á su gusto lo inmola,
remediará tanto mal
con el violín, con la viola,
con la flauta y el timbal,

Todos los que están llagados
ó enfermos del corazón,
perseguidos y acosados
de algún demonio burlón,
los que padeceis angustia,
repugnancia de la vida,
ú os dejó la cara mustia
alguna ilusión perdida,
venid casa de Mendiola,

que hay baile de carnaval
con el violín, con la viola,
con la flauta y el timbal.

Los dominós ataviados
de sonoros cascabeles,
lleno está de enmascarados
el barrio de Los Laureles.
De las lomas, de las playas
las gentes llegan inquietas,
y, obscuras, negras ó albayas,
todas llevan sus caretas.
La Paz ha quedado sola,
todo está en el arrabal
con el violín, con la viola,
con la flauta y el timbal.

La multitud ya no aguanta
de pie frente al portalón;
pero un criado se adelanta,
y dice con emoción:
—Sed, señores, bien venidos;
mas, si gustais, responded:
¿á los muertos y á los idos
no habrá piedad y merced?
Había muerto Mendiola

de un ataque cerebral,
con el violín, con la viola,
con la flauta y el timbal.

Envuelto está en la mortaja,
rígido en el ataud;
entre seis cargan la caja,
los demás dicen:—¡Salud!—
Al son de los cascabeles
fórmase la procesión,
del barrio de Los Laureles
camino del panteón.
Y así de Chico Mendiola
celebran el funeral
con el violín, con la viola,
con la flauta y el timbal.

FRENTE AL PUERTO

Anclada está la nave frente al puerto,
frente al polvoso médano que albea
al fulgor sideral; es un desierto
junto al desierto mar que le rodea.

Ni un rumor en la playa, ni una lumbre
en la caseta aislada del vigía,
no hay en torno más luz que la vislumbre
de las estrellas en la mar sombría.

Á la pampa está el barco. El horizonte
no va á quebrar su línea mar afuera,
ni en la vaga silueta de algún monte,
ni en el suave ondular de una ribera!

Del bajel en el fondo, hurtan la hora

de saltar, los hastiados del mareo,
y en la angosta cubierta de la prora
bogas y timonel rinde Morfeo.

Hoy á mí no me brinda con su halago
el dios que rige la quietud nocturna,
ni me infunde su horror, solemne y vago,
la negra mar inmoble y taciturna.

Como ella, está mi corazón en calma,
y, como el esplendor que le da el cielo,
se esparce tristemente por mi alma
un dulce y melancólico desvelo.

Desvelo misterioso, en que sonríe
con plácidas ternuras el pasado,
y su alegre sonrisa se deslíe
como en la boca el trago almibarado.

Así contemplo en mi redor la escena
del mar tranquilo y solitaria playa,
y, como el agua trémula en la arena,
la poesía en mi espíritu se explaya.

Acude ansiosa al pensamiento mío
turba de felicísimas memorias,
y forma su tropel como un gran río
de leyendas y fábulas é historias.....

¡Musas de paz y amor! ¡Dioses vencidos
de la pagana edad! Siempre responde
vuestra serena voz á los latidos
del pecho que os recuerda y os esconde.

Allá en la antigüedad, con ansia pía,
en cualquier lobreguez de un monte inculto
un ara humilde el pueblo os erigía,
y érais su inspiración, creencia y culto.

Desde su carro os alumbraba Apolo,
y eran vuestros artífices las horas.
que de los áureos granos del Pactolo
labraban vuestras péctides sonoras.

Postrados en el templo, ardor divino
os pedían de su alma los poetas,
y en dorado y espeso torbellino
les arrojaba Febo sus saetas.

Yo os encontré en la senda virgiliana
allá en mi adolescencia, á la fatiga
rendidos, por la égloga lozana
conduciendo la plácida cuadriga.

Y ante aquel ideal que se despliega
y á mi nuevo tesón se adhiere y junta,
de la ola de llanto que me aniega
surge la estrofa de acerada punta.

La estrofa.....Como espina que se clava,
y por la brecha que se abrió camina,
y rompe, rompe con su punta brava
el torrente arterial.....Ella es la espina.

¿Quién, cual vosotros, enseñó á la tierra
el ritmo que ora gime, ora retumba
en los peñascos de la agreste sierra,
ó en las esquividades de la tumba?

¡Acercaos á mí! Vuestra sonrisa
en la presente edad no es una mueca
que sólo incite á mofadora risa
á una generación pobre y enteca.

¿Quién abrió ante los ojos inmortales
de nuestra poesía soberana,
aquellos escondidos manantiales
que en el abismo caen del alma humana?

Demudar el espíritu, ver hondo
en ese microscópico universo,
clavando las miradas en el fondo,
y hacer brotar de la conciencia el verso;

ser un terrible arquero el gran poeta,
cuando dispara fúlgida y vibrante
de sus canciones la gentil saeta,

rauda como la luz, como el instante,

hasta prender el corazón del hombre
del áureo harpón, hacerle su trofeo,
colgarle de su fama y de su nombre,
como á las fieras, de su canto, Orfeo;

mirar erguirse amenazante y fiera
la imagen de Melpómene irritada,
espiar en torno la terráquea esfera,
luego abrazarla en su feroz mirada,

lanzar su imprecación soberbia y honda
á la cara sin gesto del Destino,
y rociar palpitante carne cruda
con inmortal licor de un ser divino.

Así el cerebro se incendió de Homero
en llamarada vívida y gigante,
y alumbró su esplendor al mundo entero
que absorto y mudo se postró delante;

así, cual cupo al fascinante ofidio
prender artero al pajarillo incauto,
aun sobresalta el corazón Ovidio,
y aun turba los sentidos el gran Plauto....

¡Pálido Aquiles, tétrico Odiseo,
cuya memoria el corazón conmueve,

sobre la cumbre de la gloria os veo
aun espirando el siglo diez y nueve.

De mi niñez imágenes propicias
al venturoso porvenir brindadas,
aun son vuestras historias mis delicias
en mis horas de estudio sosegadas.

Sombra de Edipo, dolorosa y tierna,
que la apacible cámara visitas
donde llorando tu desgracia eterna
mis ardientes estrofas dejo escritas.

¡Ay! tu ceguera errante y sin ventura,
de tu Yocasta el trágico destino,
son un raudal inmenso de amargura
que riega con sus aguas mi camino.

La sangre de tus ojos desgarrados
mancha la tierra y de dolor la inunda,
y de tus pies los pasos aterrados
trazan de intenso horror huella profunda.

Mas ya resurge nítida la aurora
de las amargas hondas. Los marinos
se desperezan en la angosta prora,
y alza la espuma leves remolinos.

Muestras de tanto cavilar sacudo,
limpio y despejo la memoria mía,
me manda por señales su saludo,
desde la playa próxima, el vigía.

Ven, mi llorosa Icmene, combatida
siglo tras siglo en pertinaz contienda;
¡ojalá siempre, en mi azarosa vida,
junto á mi pobre aduar alces tu tienda!

Frente á San José del Cabo, 23 de abril de 1893.

EN LA CUMBRE

Sonríe el horizonte: hacia el Poniente
el Pacífico mar distingue el ojo,
y en el opuesto rumbo muellemente
ciñe su litoral el golfo rojo.

Sobre el césped no hollado, en los cantiles
irradia el sol su esclarecido fuego,
y á la falda del monte los coamiles
bañan los pies en cristalino riego.

Miro entre platanares escondida
blanca y azul mi plácida vivienda,
página silenciosa de mi vida,
del poético afán muda leyenda.

Conduce aquí su jábega repleta

de alborotados peces moribundos,
el ágil pescador, terrible atleta
de los senos azules y profundos;

más allá sopla el turbulento Bóreas,
y sobre el terso piélago resbala,
y hace surgir las cúspides ecuóreas
al formidable roce de su ala:

más lejos, en la orilla que se esfuma,
la llama de los cielos reverbera,
y de las olas gárrulas la espuma
salpica el dafne en la gentil ribera.

Salud! abruptas playas albarizas,
perfumadas de sándalos y ocimos,
donde opaca el verdor de las nabizas
el bacelar cargado de racimos!

Tierra de soledad y sin ventura,
sobre cuyos ardientes arenales
dispersan huertecillos de verdura
los hálitos de amor primaverales;

por el haz de los vados que obscureces
alza el nenúfar sus corolas rotas,
y sobre los cardúmenes de peces
volar se ven parvadas de gaviotas.....

Yo rindo á tu desierto mi lamento,

mi pobre afán y mis estrofas vanas,
como al universal agotamiento
rinde al pácul salvaje sus bananas.

Del aroma gentil de tus malezas
impregnados están los versos míos,
y envueltos en las pálidas tristezas
de los acervos grises de tus ríos.

Deja que al contemplarte mis cantares
por el ambiente de mi vida esparza,
como el sol por tus yermos llamazares
manchones de tomillo y de magarza.....

Salud! Desciendo por la adusta sierra,
que ya abrasa mi frente el mediodía;
y pienso en tí, desventurada tierra,
en tu desolación en tu agonía!

EL DESEMBARCO

Manso, apacible mar! tus quietas ondas
me devuelven intacto mi tesoro:
así acaricie el sol tus crenchas blondas
al despegar sus párpados de oro.

Durmiendo en el cerrado camarote
mis inocentes yacen: su hondo sueño
no turban ni del Bóreas el azote
ni los vaivenes del fluctuante leño.

Enlazadas están sus manecitas
y entre abiertos sus labios: me figuro
que elevan al Señor preces benditas,
ó lanzan á la mar débil conjuro.

Sus ojos no remedan de la muerte

la inmóvil rigidez, adusta y fría,
sino la calma plácida que vierte
la tarde azul, al oscular el día.

Oigo su respirar suave y tranquilo,
contemplo su dormir con embeleso,
y al irlos á besar tiemblo y vacilo:
no quiza los despierte con mi beso.

Como suele, al abrir la madreperla,
vacilar con temblores la codicia,
así su calma es: por no romperla
se detiene piadosa mi caricia.

Ola! remeros! prevenid el bote
y atracadle á las barras de la escala,
y tú, buen mar! sostén el barco á flote
en la línea precisa de su cala.

Al resplandor brillante de la luna
quietos bogad por derrotero cierto,
y haga por su piedad nuestra fortuna
que lleguemos por fin salvos al puerto.

....

Al otro día, viendo hacia la playa
la mar que espumajea en los ribazos,
se volvían loquillos:« Vaya, vaya!
con papá, y en su casa y en sus brazos!»

ANGELUS

Los marinos ya no cantan,
bajo el mástil se han dormido;
pero á mí un cantar me queda
que levanta mi suspiro.

Y pues mientras ellos duermen
tan sólo Dios ha de oirlo,
al pie del mástil entono
mi cantar triste y sombrío.

*
* *

Sobre la cima la nube,
tras la nube el paraíso,
y en el paraíso un ángel
que en la tierra fué mi hijo.

¿Quién pensara que tan pronto
como le acogió el cariño,
le disputara la muerte
su ventura y su destino?.....

Las olas del mar salado,
cual vellón de corderillos,
alzaban su blanca espuma
en los bancos y bajíos;
el sol mandaba sus rayos
en efluvio claro y tibio
sobre las ondas alegres,
sobre los collados fríos,
y en cuna que fué de muerte
recostado el pobre niño,
en los brazos de su madre
lanzaba el postrer suspiro.

¿Porqué no perece el mundo,
y el sol no apaga su brillo,
y las ondas no fallecen,
callando su alegre ruido?
Más hermoso que el sol claro
y más sonriente era el niño,
y Dios, que también le criara
y le amaba más de fijo,
dejó su reir al cielo
y el agua su manso ruido,
[illegible] so y silencio
en el corazón del niño.

Ay! antes que su recuerdo
se apague en el pecho mío,
cubra mi frente marchita
un velo de negro olvido;
no encuentre paz en la tierra,
no tenga luz, ni destino;
ni alegría, ni esperanza,
ni pan, ni techo, ni abrigo.....
Sobre la cima la nube,
tras la nube el paraíso,
y en el paraíso un ángel
que en la tierra fué mi hijo!

***

Pregunta, niño, al Señor
si será justa medida,
¡á mí tan grande el dolor
y á tí tan corta la vida!

Ya su espíritu se aleja,
comienza ya su agonía;
si supiera que me deja
quizás no se moriría.

Puse su cadáver yerto
en una cajita azul:
¡hijo, si no hubieras muerto,
cuánto me querrías tú!
Cómo están sus manecitas

rígidas y sin color,
como pobres margaritas
que se marchitan al sol.

Ni supiste qué es la vida,
ni sentiste qué es la muerte;
sólo tu padre no olvida
ni su dolor ni tu suerte.
Tus ojos cerrar intento;
mas ¿quién cerrará los míos?
¿Quién exhalará un lamento
sobre mis despojos fríos?.....
Pregunta, niño, al Señor
si será justa medida,
¡á mí tan grande el dolor
y á tí tan corta la vida!

***

Escucha, niño, y en tanto
mi cantar al cielo sube,
¡tú ven á enjugar mi llanto
con tus alas de querube!

***

Una lágrima allí brilla,
esa es la postrera lágrima,
que en la tumba no se llora,
¡sólo se recuerda y se ama!

Las flores que aquí te pongo,
y á tí su perfume exhalan,
mañana estarán marchitas
en tu lóbrega morada.
Mañana estarán marchitas;
pero volará tu alma,
y vendrá á enjugar mi lloro
con el roce de sus alas.

Ensueño de mis amores,
¡qué fugaz ante mí pasas!
ojalá que en veloz curso
también pasaran mis lágrimas.....

*
* *

En el puerto suena el *Angelus*
anunciando la alborada,
los diligentes marinos
del pie del mástil se alzan.
En el puerto suena el *Angelus*.
¿por qué mi canción acaba?
¿Por qué siento como un nudo
que me cierra la garganta?
¿Por qué mis ojos no lloran
y se han secado mis lágrimas?.....
¡Pasó el alma de mi hijo,
y me rozó con sus alas!.....

EL BAILE EN LA PLAYA

En el solar baldío de Palmira
un viejo soñador cavó una noria;
un asno perezoso en torno gira,
y brota agua con sal que es una gloria.

Suceso tan dichoso allí congrega
en derredor de mustios cocoteros,
barriendo desde el alfa hasta el omega,
buzos, togados, tropa y marineros.

Al viento izadas las parduscas velas,
y al son de voluptuosa melodía,
las balandras henchidas de monzuelas
pululan por la férvida bahía.

Desde el foco visual de mis gemelos

distingo la garrida concurrencia:
las dos muchachas de los rojos pelos,
la Paca, la Jesusa, la Clemencia,

la impertérrita virgen, la Bernarda,
cuatro veces doncella, la Santoyo
y otras sin fin que el sexo fuerte aguarda
matando el tiempo en esterado poyo.

Álzase Luz y salta la primera,
púdica hembra, sabia Celestina,
en torno de la cual bulle parlera
la turba de su corte femenina.

El viejo soñador hace un saludo
reverencial, solemne y atildado:
¡él es la salvaguardia y el escudo
de tanto honor maltrecho y averiado!

En la carpa de estípites y horcones
penetra enloquecida la caterva,
y empiezan á templar los bandolones
los músicos sentados en la hierba.

Las de los rojos pelos tocan bajo,
cada cual á su sitio se avecina,
y el del pistón de codos, boca abajo,
preludia el tono de canción marina

El ronco pecho el COLORÍN desgarra

(así moteja el vulgo á un perdulario
que lo mismo rasguea en la guitarra
que entona el MISERERE en el santuario).

Y gritó el anfitrión:—Viva la orquesta!
¡llegó á su punto nuestra alegre gira!.....
y de este modo comenzó la fiesta
en el solar valdío de Palmira.

*
* *

—¿Quién eres, que al mirarme te sonrojas,
niña, y al verte el corazón se alegra?
—La hermana soy de aquellas pelirrojas,
pero mi trenza es negra.

—Negra, es verdad, como del golfo puro,
cuando abisma sus aguas tristemente
en el regazo de la noche obscuro,
la tenebrosa frente.

Negra, es verdad, cual tus hermosas cejas,
como tus melancólicas pestañas,
cual tus pupilas, en que verme dejas
y en cuya luz me bañas.

—Y es morena mi tez. Todos los días,
desde que sale el sol, voy á las playas
á rocoger almejas remantías
y al monte pitahayas

—Como el fruto en sazón del pitahayo
es dulce la sonrisa de tu boca,
y tu mirada, cual del sol el rayo,
á lasitud provoca.

Será tu corazón blando y ardiente:
¿quién pudiese abrasarse en esa hoguera,
y quién para estrecharte dulcemente
ser tu dueño pudiera?.....

—¿Mi dueño? No, jamás. Mi madre á dicho
que sólo mis hermanas tienen dueños,
que un dueño para mí, ¡ni por capricho,
ni despierta, ni en sueños!

Tiene razón mi madre. Me desvía
de los galanes y de amar me aleja,
pues si faltara yo ¿quién cogería
en las playas la almeja?

—Yo seré el pescador. Honda banasta
para tu madre colmaré gustoso,
y volveré á la pesca, si no basta,
sin que me dé reposo.

—Es demasiado ya. Mas si te ufanas
de ayudarme en el monte y en las playas,
iremos á pescar por las mañanas,
y á traer pitahayas. .....

*
* *

Con frenesí, la orquesta, delirante
apunta un aire nacional, y todos
la corean con voz tan disonante
que los delata chispos ó beodos.

La Lucita y don Pedro se han subido
sobre la blanca mesa enmantelada,
ella ríe en convulsa carcajada,
él arroja cantando algún berrido.

La de los rojos pelos, cada una
con su galán bromean mano á mano,
parece que el bajón les importuna,
y le han dado á tañer á otro fulano.

Se oye un tumbo de pronto puerta fuera,
cual si un humano cuerpo golpeara
de bruces en la próxima pradera
é inmóvil largo tiempo se quedara.....

* *
*

Una mujer de enmarañada trenza
tendida está en el suelo cara abajo,
levántola, me mira con verguenza,
álzase sin trabajo.

—Qué te pasa, mujer? ¿Por qué congojas

esa especie te dió de captalepsia?
—La madre soy de aquellas pelirrojas
y sufro de epilepsia.

—Pues á fé que tus hijas no han oido
el golpe de tus carnes en el suelo;
á tu socorro habrían acudido
con grande y filial celo.

—Ellas lo saben bien; cuando las miro
que de cualquier galán están en jaque,
en silencio las dejo y me retiro
por que venga el ataque.

Casarlas quiero, y libertad exige
la ardorosa fruisión de los amantes:
no te aflijas, señor, que más me aflije
no se casen cuanto antes.

*
* *

Lucesita y don Pedro se han chocado
por fin sobre la mesa: ella riendo,
y él dando su cantar desventurado,
un combate los dos libran tremendo.

Cógense de las greñas, todo el puño
ella le sume á él en un carrillo,
ostenta cada faz cada rasguño
y sangre de los dos salta á porrillo.

Aguijan el furor los concurrentes
aplaudiendo la épica jornada,
don Pedro en doña Luz clava los dientes
y hete aquí á doña Luz desnarizada.

Airado el anfitrión un golpe asesta
á don Pedro en la nuca ardiendo en ira,
y de este modo terminó la fiesta
en el solar baldío de Palmira.

¡SIEMPRE!

Te amé, y al decirlo ahora
alzando al cielo la frente,
viene á mi alma la dicha
que mi canto expresar quiere;
dos lágrimas de alegría
mis mejillas humedecen
al recordar esas horas
de amor que durará siempre.

Mi amor es sueño, querida,
tan vivo, bello y sonriente,
que sólo pensar me embriaga
que tu corazón me quiere.
La soledad de una tumba
sin él el mundo me ofrece,
y si con él me brindaras

gozoso viviera siempre!

¿Has visto desde la orilla
la crespa mar imponente,
que sus olas amontona
con voz augusta y solemne?
!Quién tuviera los acentos
de procelosas rompientes,
para clamar, ven, bien mío,
á vivir conmigo siempre!

Como de amigas queridas
nuestras cartas van y vienen,
y amantes y solitarias
nuestras almas se comprenden.
Con tu virtud y belleza
me convidas á quererte,
veme, pues, niña adorada,
rendido á tus plantas siempre.

Y si tal vez ofendida
mis palabras hoy te tienen,
no las recuerdes, bien mío,
ni por Dios ¡ay! me desdeñes,
que eternamente á tus ojos
tendré inclinada la frente,
hasta que el yerro perdones
y le olvides para siempre.

Por tí el dulzor de la vida

he bebido hasta las heces;
óyeme bien: si algún día
te acercas á mi sepulcro,
y me preguntas ¿me quieres?
se erguirá ante tí mi sombra,
para decir te amo siempre!

A EMILIA

Como el contorno de tu frente hermosa
se destaca en tu negra cabellera,
así desde la sima tenebrosa
de mi alma alzose mi ilusión postrera.

Mi postrera ilusión, la más querida
de cuantas me ha brindado mi destino
en la edad más risueña de la vida.
¡Te hallo al fin en mitad de mi camino!

Tras de mis pasos ven; yo voy delante,
quitando del sendero las espinas,
será el amor la antorcha fulgurante
que conduzca tu pie mientras caminas.

Yo llevaré en mis hombros tu existencia,

si lastiman tu planta los abrojos;
tú clavarás tu vista en mi conciencia,
yo te diré lo que no ven tus ojos.

Verás mi noche tormentosa y ciega
trocarse en claro, deslumbrante día,
y en el fondo verás cómo depliega
sus alas de gaviota la alegría.

Verás cómo se yergue triunfadora
tu imagen en mi espíritu dichoso,
y adorarás la fe con que te adora
el corazón amante de tu esposo.

Las nupcias que mi amor te ha prometido
moverán las entrañas de las rocas,
del ósculo primero al estallido,
trémulo el pecho y ávidas las bocas.

AUSENCIA

Si alguna vez me arranca mi destino
de esta ribera en que mi amor te dí,
por más dichas que hallare en mi camino
me acordaré, me acordaré de tí.

Recordaré las noches luminosas
en que á tu lado me senté felíz,
oyendo de tus labios tantas cosas,
ay! tantas cosas que de tí aprendí.

¿Cómo quieres que á mi alma no taladre
la ausencia, cuando fuiste para mí,
aparte de mi hermana y de mi madre,
la más buena mujer que conocí?

Cuando la fresca brisa de los mares
acaricie tu frente, piensa en mí;

acuérdate, llorando mis pesares,
de la primera noche en que te ví.

Recuerda que una pálida esperanza
de amor en tus miradas sorprendí
al tranquilo compás de aquella danza
que escuché tantas veces junto á tí.

Recuerda que una noche enamorado
una flor de tus trenzas te pedí;
su corola en mi mesa se ha secado.....
¿Así tal vez te olvidarás de mí?

¿Serás ingrata á quien en tanta estima
tuvo tu corazón de serafín?
Ay! aunque lejos de tu vista gima
seré contigo lo que siempre fuí.

Acuérdate, mi bien, por si me lleva
la inexorable suerte á otro país,
que de fidelidad te dí tal prueba,
que todo, todo el corazón te dí.

Tu paquete de cartas va conmigo,
será en mi pecho talismán felíz,
y en él, como en el seno de un amigo,
encontraré valor para sufrir.

Consérvame las mías, y si lloras
porque te halles también lejos de mí,

divertirás las intranquilas horas
leyendo lo que entónces te escribí.

Cual guarda sus tesoros la avaricia,
esta inmensa pasión vivirá en mí,
y tu dulce recuerdo, mi delicia,
irá conmigo hasta encontrar mi fin,

¡Dejaré para siempre esta ribera
en donde eterno amor te prometí!
No me lo niegue Dios, cuando me muera
también, también me acordaré de tí!

AL PARTIR

Dejo ya la ribera
del anchuroso piélago: en la orilla
para bogar me espera
mi trémula barquilla.
Dorando mar y costas en reposo
la clara luna brilla,
y en las aguas inmobles, transparentes
retrata el disco hermoso.

Oh! noche! de los míseros dolientes
refugio, alivio, grata compañía.
¡Qué recóndita paz, qué dulce calma,
qué misterios de amor tu seno encierra,
y qué tranquilo gozo inunda el alma,
y hace olvidar los males de la tierra!
A mí en continua guerra

me condena á vivir triste destino,
y en llanto inagotable
he de bañar mi lóbrego camino.
Sólo en tu soledad ¡oh noche amable!
consuelo halló mi espíritu sin tino.

Oh! piélago sin fondo y sin barrera,
de mi suerte mudable
imagen verdadera!
Ora en leve rumor, con giro lento,
besando las arenas
dejas aljofar de nevada espuma
en las playas serenas.
Ahora turbulento,
envuelto el horizonte en negra bruma,
en combatir te afanas,
indómito y terrible,
con el airado cielo.
Si en la cóncava nube truena ronco
el rayo, te enfureces,
y en estruendosas olas te levantas,
y con fragor más bronco
los profundos abismos ensordeces.

Si tu inmensa llanura atravesando
en pobre barca de cansados remos,
de mis costas amadas
me aventuro á dejar estos extremos,
tus olas encrespadas
contra las sirtes duras

no arrojen destrozadas
mis frágiles amuras.
Ráfagas blanquecinas, luminosas
rasguen la sombra que el espacio llene,
calme el oleaje su furor violento
y á mi vista aparezcan
las verdinegras aguas silenciosas,
y en sosiego perene,
de playas más hermosas!

COSTEÑAS

Se parecen mis canciones
á las olas de la mar:
azules como la gloria
y amargas como el pesar.

Dormida estás, mi serrana,
y está dormido tu amor,
y dormido el trovador
que te espera en la ventana.

A la vera de este río
voy á sentarme á llorar,

tengo el corazón vacío
y ya no puedo cantar.

Están tristes las mañanas,
las tardes mustias están,
y en las noches me dan ganas
de que no amanezca ya.

Todas las tardes te veo
que bajas hacia la playa,
y dicen tus ojos, creo,
que detrás de tí me vaya.

Cuando me dejaste solo,
llorando me tiré al río.....
y al salir sentí más frío
que si estuviese en el polo.

Sé que eres de mármol, niña,
y es de bronce tu palabra;
pero el bronce se derrite,
y el mármol también se labra.

Con dos pasos de mi vida
llegaré hasta el ataud:
cuando de tí me despida,
ó cuando me dejes tú.

Siempre la ilusión amarga
de nuestra existencia aborta:
para esperar, es muy larga,
para ser felíz, muy corta.

Me causa un pánico horrendo,
me sume en honda tristeza
la nieve que va cayendo
sobre una joven cabeza.

Vienen las noches obscuras,
los inviernos vienen ya
ha! mis ilusiones puras
que el tiempo marchitará!

Llevo guindada tu imagen
encima del pensamiento,
como va izado el velacho
en lo alto del mastelero.

Cuando mi barquilla atraca
muy cerca de tu desdén,
espero allí la resaca
hasta que me quieras bien.

No te contaré la historia
que marchitó mis amores,
pues la saben de memoria
cincuenta mil trovadores.

El celo me inspira enojo,
la ausencia me trae desvío,
el desdén me da sonrojo
y el amor me causa hastío.

Con el aire que cantabas
la fiesta del diez y seis,

se me pusieron más bravas
las tias de mi mujer.

Sal, mi dueño, á la ventana,
descorre tu celosía,
que se viene la mañana
y el amor también se enfría.

Si mi corazón es de oro
y mis palabras de imán,
ay! las lágrimas que lloro
di, niña, de qué serán?

Como las escarchas, frío,
como los montes, obscuro,
como los peñascos, duro,
es tu corazón, bien mío.

Cuando salgas de tu casa
mira si en la puerta está
mi corazón que se abrasa
y abrasado morirá.

Cantaremos la botina
que tanto nos embelesa,
porque dicen que es sobrina
de la jota aragonesa.

Se fatiga el caminante,
y se cansa el labrador.
y en el pecho más constante
también se hastía el amor.

El cantarcillo que ensayas
bogando por alta mar,
¡sabe Dios hasta qué playas
el viento lo llevará!

¿Qué nubes pondrá el acaso
en mi triste firmamento
cuando se ponga en su ocaso
la luz de mi pensamiento?

La semilla que se ha ido
con el viento brotará

allí donde haya caido:
¡lo que se lleva el olvido
nunca, nunca volverá!

Cabo de San Lucas triste,
médano de San José,
¡ninguna memoria existe,
de que por aquí pasé!

¡Niña de la faz rosada,
niña de la azul pupila,
niña de dulce mirada,
niña en el amar tranquila
como la fuente callada
que brota sobre la pila
de la calle de Moncada!.....

Esta es la cànción marina
que cantábamos los dos
cuando en la playa vecina
nos amanecía Dios.

Levántate, jabeguero,
mira si cayó en la red
una mujer que yo quiero
y no se deja prender.

Poco el odio que me tienes
y otro poco que lo finges,
me pones con tus desdenes
por delante dos esfinges.

Sólo aguardan mis canciones
junto á la playa del mar
á ver cuántos corazones
con ellas se han de embarcar.

Navego con mi alma á solas,
y pienso, pobre de mí!
¿cuándo nacerán las olas
que me volverán á tí?

Desde que la escala piso
se imagina mi inquietud

que me echan del paraíso
sin que me acompañes tú.

Cuando mi alma se estremece
sólo por dos cosas es:
por la mar que se embravece,
por mi niña que me ve.

Hoy en sabroso palique,
y mañana en alta mar:
si se va mi nave á pique
¿quién de mí se acordará?

¡Adios, playas de Loreto,
collados de Comondú,
rincón tranquilo y secreto
donde me adorabas tú!

¡Qué fresca y encantadora
la huella de aquel placer:
hace diez años ahora,
y parece que fué ayer!

Muérete, linda coqueta,
muérete y habrás sabido
cómo te llora el planeta
cual si no hubieras nacido.

Manglares de Tianguistenga,
salcedas de Cotumbá,
¡sabe Dios cuando yo venga
si mi amor aquí estará!

Un diente por descolgar,
un párpado ya prescripto
y un ojo por reventar,
¡esa vieja es un bazar
de antigüedades de Egipto!

La balada que se oía
entre la tormenta anoche,
era de un bardo que huía
prosaicamente en un coche.

Me ha colocado el destino
tan cerca de tí, morena,
que apenas hay el camino
de Guaymas á Puntarena.

Dios sabe por qué veredas
el sol me amanecerá:
yo sólo sé que te quedas
y que no volveré ya.

Se acerca el barco latino
y late mi corazón:
en él me manda el destino
la vida ó la perdición.

Tiene Santiago su río
y Tuxpan su palapar,
y tu corazón y el mío
¡quién sabe lo que tendrán!

Por las cosas que no ví,

por las que nunca veré,
diera lo que ya viví,
más lo que no viviré.

Tu reir me gusta mucho,
pues tan bien tu risa suena,
que me parece que escucho
cantares de Nochebuena.

En una casita alegre
pasaremos el invierno,
tú besando mis cantares,
y yo rimando tus besos.

Con las brisas de Zingaita
te mando un recuerdo ahora;
pero no me digas KAITA,
como dicen en Sonora.

Todas las noches despierto
con extraña pesadilla:
sueño que se sienta un muerto

de mi sepulcro en la orilla.

Tanto, niña, he recorrido
de tu calle las aceras,
que lo menos he medido
dos mil millas costaneras.

Parece, cuando risueña
de Guaymas te ví en el *dipo*,
que se agolpaba en tu tipo
toda la sangre costeña.

Esclavo de tu albedrío
y sujeto á tu desdén,
¡déjame libre, bien mio,
dame libertad, mi bien!

¿Cuándo me darás, trigueña,
trigueña sin corazón,
la palabra con que sueña
este bendito de Dios?

Los minutos que has tardado
por siglos los he medido:
lo que contigo he gozado
menos que un instante ha sido!

Mañana carnestolendas,
máscaras y cascarones:
son las anualas ofrendas
á los diablillos burlones.

Al pasar por Magdalena
traje un recuerdo felíz,
el de una linda morena.....
á quien nunca á ver volví

La pena que más me amarga,
y el gusto que más me alegra,
son ausencia que se alarga
y deuda que se reintegra.

Cuando van las golondrinas
el alero á abandonar
ay! pienso en tí que caminas
hasta cuándo volverás!

¡Los suspiros que exhalaste
y los besos que te dí!.....
con los unos me engañaste,
con los otros te perdí.

Me dicen los mercaderes
que van á Calamahí,
que no van por los placeres,
sino porque estás ahí.

Cambia de cantar, grumete,
porque con esa canción
me clavas un estilete
en mitad del corazón.

Cada recuerdo que hacía
en nuestra ausencia de tí,

el viento lo conducía
con tus suspiros de aquí.

Con el tambor destemplado
despediste á tu doncel,
y dicen que se á quedado
más fresco que el Coromuel.

El que iba á ser tu marido
ha encallado en un islote
sólo por no haber comido
las ciruelas del Mogote.

Lanzando miradas claras
y sonrisa de deleite,
desenojas tú las caras
como á la mar el aceite.

Después de amar, te desvías,
después de reñir, te aplacas.....
tú aprendes las monerías
que hace el agua en las resacas.

Nave que las anclas levas,
nave que zarpando estás,
dame lo que allí te llevas
y hazte después á la mar.

Eres la playa desierta
donde arribo á hacer carbón,
sólo que al dejar tu puerta
ya se ardió la provisión.

Si no me haces la merced
de aprisionarte en mi garra,
yo fabricaré una red
de cuerdas de mi guitarra.

Aprendo á tocar la gaita,
la vihuela y la tarola,
para acompañarte el KAITA
que es tu eterna barcarola.

Traje de fortuna un lote
de la Playa Colorada:
dos cerdos, un guajolote
y una polla retostada.

No sabías ni tener
la guitarra de seis cuerdas;
mas tanto lo has de entender,
que llegarás á tañer
hasta del violón las cerdas.

Hay una perla preciosa
allá en las Islas Marías;
pero bucearla es cosa
de acabar allí los días.

Por grande que fué el amor
y por pequeño el placer
sólo me quedó un dolor
que jamás podré vencer.

Abarloada á tu navío
siempre tuve mi barquilla:
¿llegaremos á la orilla
siquiera juntos, bien mío?

Arriado está mi velacho,
ni una brisa el golfo arruga,
en el bajel me hago un liacho.....
y parezco una tortuga
invertido el carapacho.

Sopla tan suave la brisa
y hace tan manso calor,
que el sol tiene una sonrisa
y está el mar de buen humor.

Los bajeles que se fueron
á doblar el cabo austral,
no saben, si no te vieron,
lo que es bronco temporal.

Por un alfiler decobre,

por un beso y un listón
me he quedado yo más pobre
que San Vicente de Paul,

—

El que no haya ido á verlas
al puerto de Mulegé
no sabe lo que son perlas
del Golfo de Hernán Cortés.

—

Son tus ojos, niña mía,
dos gotitas de la mar:
nadie diga que en poca agua
no se puede naufragar.

—

Como el mar tiene sus olas,
como sus manchas el sol,
tienen hiel mis barcarolas
y tiene llanto mi amor.

—

Para trigos Hermosillo,
para flores Culiacán,
los cocos en Manzanillo,

las lindas en Mazatlán.

Y tras tanto navegar,
y tras tanto padecer,
¿cuándo volveré á zarpar
para nunca más volver?

Como veleta señalas
el rumbo que tomaré
cuando despliegue sus alas
el estay de mi bajel.

Si fueses tú una sirena
y yo fuese un tiburón,
no estaría la mar llena
de solos de bandolón.

Has de mirar mis amores
cuán decaidos que están,
como en la ermita de Anzores
la vela de los Dolores

con que alumbra el sacristán.

Está en Guaymas la sandía,
la panocha en San José,
el cobre en Santasalía
y el amor en Mulegé.

Puso Dios la mar que azota
en el puerto de Las Peñas,
y en Zihuatlán y en Mascota
la nata de las costeñas.

Altas como el cocotero,
rojas como la canela,
es el tipo costanero
de las niñas de Chamela.

Te aseguro que me diste
la suma felicidad
cuando una vez me digiste:
"Levanta.....y no vuelvas más."

—

Te vas de Topolobampo,
y allá una mujer se queja:
"El que se va de su campo
no lo halla como lo deja."

—

Sin miedo á los treinta abriles
se divisa el porvenir,
como desde altos cantiles
se ve el chubasco venir.

—

Como arena de la playa,
sólo quieta en calma chicha,
¡sabe Dios á dónde vaya
la mujer que se encapricha!

—

Arriar dispongo las velas
cuando sales de tu casa,
porque como el viento vuelas
y el amor se te propasa.

—

Como el bramar de las olas
y el rugir del aquilón
zumba entre rojas aureolas
de San Francisco el cordón.

De ser cierto que me quieres
no te hicieras á la mar,
trocando nuestros placeres
por mundos de soledad.

Me mandan de San Ignacio,
por la vía de Mulegé,
el enorme cartapacio
de coplas que te canté.

Las flores que aquí te mando
remedan mi corazón,
está su cáliz temblando,
tienen el pistilo blando
y espinas alrededor.

La magarza ribereña

reverdece por doquier;
más la esperanza risueña
que del alma se despeña
ya no vuelve á renacer.

Abatido tu semblante,
demudado tu color,
ó te ha engañado tu amante,
ó has hallado otro mejor,

Doblando el viento la caña
nó la consigue quebrar:
así la ilusión que engaña
hiere sin poder matar.

Cual nube que desbarata
la primera luz del sol,
disipa mi pena ingrata
la caricia de tu voz.

Cuando te miro que vienes

con aire de contentarme,
palpitan fuerte mis sienes
cual si comenzara á ahogarme.

Si las gotas de mi llanto
no las pudieres contar,
cuenta los versos que canto
y está la cuenta cabal.

Acuérdate de esta copla
cuando yo vaya en camino,
viento que inconstante sopla
es el amor del marino.

Tiene el demonio el poder
de seducir y tentar,
pero tienes tú, mujer,
la gracia de endemoniar.

Lo mataron en la guerra,
fueron su cuerpo á enterrar,
cuando le echaron la tierra

se oyó su último cantar.

La muchacha que desea
amores con marineros,
al zarpar hace pucheros,
y en alta mar se marea.

Tu voz, tu llanto y tu risa
suenan en los corazones
á veces cual blanda brisa,
y á veces como aquilones.

Cuando mi cantar no escuches,
esa será la señal
ó de que te has vuelto sorda,
ó de que acabó el cantar.

Murió el piloto de frío,
y las olas le cubrieron;
¡pero tus labios, bien mío,
nada, nada le dijeron!

Sobre la mar una ola,
sobre la ola un bajel,
sobre el bajel una bola.....
¡cuánto engorda una mujer!

Bendito quién dió á tus ojos
¡mira si es bueno el Criador!
luz que alumbra mis abrojos,
fuego que me da calor.

Mis suspiros fueron vanos,
y mis ruegos no valieron,
y dices que son cristianos
ojos que tan mal me vieron.

Te llama tonta un amante
porque tú le has despedido;
deja que hable de la feria
como en ésta le haya ido.

Será que te quiero tanto,
pero algo tiene tu voz

que le aprendiste del canto
de los ángeles de Dios.

Como el agua de la sierra
es nuestra felicidad,
que tiene el gusto de tierra
y el color de inmensidad.

Al calor de tus miradas
está creciendo mi amor,
como las eras sembradas
enverdecen con el sol.

Pidiendo está el alféizar
de tu ventana
que te cante unas coplas,
linda sultana:
en él hay flores,
que es el noble salario
de los cantores.

Ya vuela por tu alcoba

la seguidilla,
anda buscando un nido,
¡pobre avecilla!
En tus almohadas
quieren dormir las coplas
enamoradas.

Son tus ojos, morena,
los oceanos
que bañan los países
americanos.
Ay ¡no me veas!
tengo miedo á las olas
de las mareas.

Como en trampas sutiles
de telarañas
mi alma suele enredarse
de tus pestañas;
y allí se queda
hasta que el desengaño
la desenreda.

¿Qué tiene tu mirada

que así me pica,
y en una cruz de amores
me crucifica?
¡Qué bien has hecho
clavándome los clavos
sólo en el pecho!

¿Porqué cuando me pides
unas coplillas
se enrojecen las rosas
de tus mejillas?
No es muy soldado
el amor que á la guerra
va desarmado.

Tiene tu suave aliento
rumor de brisa,
y hay celajes de auroras
en tu sonrisa;
noche en tus ojos,
y en tu pecho agitado
celos y enojos.

Quisiera echar á pique

mis ilusiones
con toda la balumba
de mis canciones;
pero no puedo,
pues si se van las pobres
¿con quién me quedo?

Pienso en tí si estoy sano,
y en tí si enfermo,
y en tí si estoy en vela,
y en tí si duermo.
De esta manera
en tí estaré pensando
cuando me muera.

Hay quien pinte á Mac' Kinley
blandiendo rayos,
de exterminios y muertes
haciendo ensayos:
Lánzale un guiño,
y verás que Mac' Kinley
no es más que un niño.

Ya te dije las culpas

de mi conciencia,
y aguardo á que me impongas
la penitencia:
tantos horrores
merecen la cadena
de tus amores.

Ojos que tus ojos vieron,
ojos que no te verán,
ó cegaron, ó murieron,
ú otros ojos viendo están.

Moreno el plátano chino,
moreno el melocotón,
y mi adorada y el vino.....
¿si será moreno Dios?

Es mi esperanza, alma mía,
la peña del Zangangüey;
que está entre nubes un día
y entre tormentas un mes.

Si en mi poder estuviera
venderte la creación,
por un beso te la diera. .....
ó, cuando mucho, por dos.

Dicen que de puro viejo
se ha de morir nuestro amor;
no se muere el vino añejo,
ni tampoco ha muerto Dios.

Ven tus ojos de manera
que no puedo traducir
si he de sentarme á tu vera,
ó si me tengo que ir.

Negros son tus ojos bellos,
y tus cejas negras son,
y son negros tus cabellos.....
¡viva lo negro, rediós!

Pálida está mi serrana,
porque su lindo color

se lo prestó á la mañana,
para enamorar al sol.

El tedio tiene sus horas,
tiene el placer sus momentos,
tienen sombras las auroras
y nubes los pensamientos.

Angel que á la luz despierta,
niña que hollará las rosas,
quizá no serás de muerta
ninguna de las dos cosas.

Cuando hay nubes en los cielos
no se ve del sol el foco,
cuando en el amor hay celos
no se ve el amor tampoco.

Si ella mi dueño no fuera,
ni fuera yo su galán
¡qué tiempos que no existiera
la armonía universal!

Pregúntales á tus ojos
si es verdad que he muerto yo,
te dirán que me han herido
en medio del corazón.

A la corriente del río
se parece un amor fiel:
se podrá entumir de frío,
mas nunca retroceder.

Tu esclavo todo soy. De tal manera
me cautiva tu imperio soberano,
cual cautivó el Señor á la ribera,
condenada á los besos del oceano.

La sombra que proyectan los cantiles
sobre la transparente mar verdosa,
es como el nimbo de tus treinta abriles
sobre tu alma de diosa.

Sin tí me espanta el cauce de los males,
por do mi vida infausta se despeña;
mas rien sus orillas florestales
si tus ojos me ven, linda costeña.

Cuando tu galán te pasa,
tu madre suele pensar
que has de salir de tu casa
para no volver á entrar.

Cuando miras enojada
tan pobre diablo me siento,
que de miedo á tu mirada
me coloco á barlovento.

Bailé con ella en la playa,
y al declararla mi amor,
en mis brazos se desmaya
de contento y de rubor.

Sólo dos millas apuro

desde el bajel á tu casa,
y al andarlas me figuro
que el suelo se me retrasa.

— —

A rezar por mí afligida
no vayas al panteón,
rézame en tu corazón,
donde me enterraste en vida.

— -

En la batalla del mundo
no tienes que pelear,
tú puedes en un segundo
vencerle y hacer la paz..

———

Deja la tristeza á un lado,
que acorta la juventud,
porque jamás se han casado
el sollozo y la salud.

———

Cuando al salir de un festín
te ví la primera vez,
mi corazón hizo: Tín,

cual si fuese un cascabel.

Relinda como ella sola,
traviesa como no hay dos,
más alegre que el PASCOLA
del día de san Jacob.

La culpa la tengo yo,
ó la tienes tú, mujer,
ó ninguno de los dos,
ó bien ambos á la vez.

Consuelo al enamorado
sólo el amor puede dar,
como el pájaro enjaulado
pide muerte ó libertad.

Lanza á la mar el conjuro
que me dices que aprendiste,
el derrotero está obscuro
y el corazón está triste.

No llores, que los ensueños
que nos dejaron vendrán,
como los helados leños
de flores se vestirán.

Con tus desvelos me cuidas
y con tu amor me custodias,
¡alma que jamás olvidas!
¡corazón quo jamás odias!

Quiere al que tan bien te quiere,
y quiéreme á mi nomás,
y si mucho te quisiere,
quiéreme y te querré más.

Para la costa de oriente
está saliendo un velero,
y en sus hogares la gente
le ha encendido á san Clemente
la vela del marinero.

Le pregunto á la arboleda,
le pregunto al ruiseñor,
pero todo en el alma queda,
nadie sabe de mi amor.

Nadie sabe, mi morena,
nadie sabe mi pesar,
sólo yo sé que mi pena
es más grande que la mar.

La brisa lleva rumores,
borrascas el aquilón,
y mi cariño rencores,
y celos mi corazón.

Ruégale á Dios, mi morena
que venga la tempestad,
porque se lleven mi pena
los huracanes del mar.

La sombra está en la cisterna,
y el abismo está en la mar,
y la fiera en su caverna,
y en mi pecho mi pesar.

Yo me abrasara en tu seno
un millón de años ó dos:
la mitad en el sereno
y la mitad en el sol.

Tienes el pelo, chiquilla,
como en la noche la mar,
brillante donde hace luna,
y negro en la obscuridad.

Cuando el cielo quede á obscuras
tus ojos va á poner Dios
encima de las alturas,
como suplentes del sol.

Las olas altas del mar,
el sol de la primavera

han pasado su carrera,
¿cuándo, cuándo volverán?

Si cuanto hay dura tan poco,
si tan pronto el bien nos deja,
¿porqué tú no te haces vieja,
ni desdeñosa tampoco?

BOLERO (*)

Cuando se asoma la niña
por la ventana,
todos los pollos del barrio
tienen terciana;
y requebrando de amores
á la chiquilla,
le aseguran que la quieren
para costilla.

(*) Poesía que compuso DURALIS en el puerto de San Blas, á fines de 1897, y que con música de Don Pedro S. Andrade se canta desde entonces en el Territorio de Tepic y los Estados de Occidente.—N. de la E. E.

No vayas á creer, hermosa,
sus juramentos:
sus palabras son fugaces
como los vientos,
acarician con sus alas
los corazones;
pero al fin se pierde el eco
de sus canciones.

El rostro, niña del alma,
tengo tostado;
los calores tropicales
me lo han quemado;
y el corazón se me abrasa
si vengo á verte,
que los rayos de tus ojos
me dan la muerte.

Quema, quema, quema, quema,
la brisa ardiente,
y me ponen tus miradas
incandescente.
Con razón los que encadenas
en tus prisiones,
te dicen la quemadora
de corazones.

Quiéreme, linda morena
de mis ensueños,
por esos ojos que tienes,
ojos costeños;
ojos que brindan amantes
dulces placeres,
benditos entre los ojos
de las mujeres.

Estoy fabricando el nido
de tus amores
con hojas de madreselvas
y blancas flores.
Te quiero por que me quieras
á mi solito,
como quieren las palomas
al pichoncito.

Que vivan para la dicha
las samblaseñas;
que vivan las soberanas
de las costeñas,
y que vivan de tu cuerpo,

gentil criatura,
el garbo, los piececitos
y la cintura.

Cuando imprimes á tu talle
vaivén ligero,
envidia siente la palma
del cocotero;
y son tus labios rojos
que las granadas,
se quedan al contemplarlos
avergonzadas.

Cuando pasa mi morena
por la plazuela,
parece que va pidiendo
canto y vihuela.
Tienen más aire sus pasos
y su salero
que la jota y que los tangos,
y que el bolero.

Cuando la niña costeña
va por la playa,

á sus pies el mar furioso
se le desmaya,
y al fulgor que el mar refleja
de sus ojuelos,
las estrellas en la altura
mueren de celos.

Cuando se enoja la niña,
¡bendita sea!
en sus ojos la tormenta
relampaguea,
y si da con sus botitas
un taconazo,
parece que truena lejos
el Cordonazo.

Quiéreme, linda morena
de mis amores,
por esos ojos que tienes
abrasadores;
ojos que van á matarme
si no me quieres,
¡benditos entre los ojos
de las mujeres!

FIN.

INDICE

	Páginas,
Poetas Hispano-Americanos.—Lic. D. José Mª Barrios de los Ríos	I.
Preludio.—Mi Pálida	1.
Mis Amigos	2.
Horizonte	3.
¡Lejos!	8.
El Arte Clásico	24.
Batelera	29.
El "Ocean Bird"	31.
La Tarde	36.
El Dios Negro	38.
La Niebla	44.
Pamandú	48.
Máscaras	51.
Frente al Puerto	57.
En la Cumbre	64.
El Desembarco	67.
Angelus	69.
El Baile en la Playa	74.
¡Siempre!	81.
A Emilia	84.
Ausencia	86.
Al Partir	89.
Costeñas	92.
Bolero	134.

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EL DIA 15 DE JULIO DE
1907.

A. M. C. J. G.

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS

3025517113

0 5917 3025517113